

Maurice Maeterlinck

Ningún nombre moderno simboliza y resume tan cabalmente el espíritu de la “profunda Bélgica”, como éste de Maurice Maeterlinck. Ninguno revela con tan delicada fuerza el genio complejo y hechizante de la pequeña gran nación, en donde anidan la paloma del sueño y el metal del esfuerzo, en donde alternan el himno y la ronda, y en cuya historia se encadenan el idioma desleído y fabuloso de la niebla y lo que dicen los vibrantes labios delgados de la espada.

Tapiz de piedra con doncella, y castillo con trovador y paladín; con clarín y con arpa: tal nos pareció siempre la leyenda nacional de Bélgica.

Frontera de razas y de lenguas, límite de combate y de amor, Bélgica conviértese en resumen y armonía. Concilia las dos mitades en que anda partida el alma de Europa desde Lutero. Allí la claridad meridional se hace penumbra. Allí la helada llovizna del norte se ilumina de piedad y de sonrisa católica. Suma de Galla y España, con gracias itálicas, con perfil inclinado sobre Inglaterra y con un vago subconsciente germánico, Bélgica resulta una verdadera sublimación de Europa.

* * *

Esta “armonía entre el cielo ético y la tierra positiva”, entre la verdad y la fábula, entre el sueño y el desvelo, tiene su arquetipo artístico en la obra de Maurice Maeterlinck, autor de “La princesa Malena” y de “La vida de las abejas”. Por una extraordinaria dualidad —observa Camilo Mauclair en un estudio que ha llegado a ser famoso— su espíritu, como el de Poe, es igualmente apto para la construcción de obras tangibles y para la especulación abstracta, para la empresa imaginativa y para la disertación metafísica.

Para nosotros la más apasionante condición de Maeterlinck es su poderío para casi expresar lo inexpresable, para andar por el misterio, por las praderas del delirio con los ojos sabiamente entornados; se diría que va escuchando las almas, viendo y oyendo la vida secreta del mundo, dialogando con las inasibles criaturas nocturnas. Un viento sobrenatural corre sobre su poesía, que nos entreabre de pronto, como en instantáneo relámpago, la ventana que da sobre lo desconocido. Y sentimos en la frente un hálito del trasmundo, un soplo de más allá que nos deja temblando y esperando.

Es dueño Maeterlinck de la sencilla perfección sin ardides, de un extraño lenguaje a la vez exacto y balbuciente, cortado por ráfagas de misterio. Su poesía, de una penetrante sugestión, acontece siempre en un vago, en un indeciso tiempo del alma, presente y a la vez irremediamente perdido. Su magia nos traslada a los dominios encantados de la Bella del Bosque Durmiente. Las hadas se deslizan "sin ruido y sin esfuerzo como el aire y la luz", como si fueran ademanes de la tarde. Este cazador de los gestos perdidos, este intérprete de los signos furtivos de lo indecible, este explorador de las imágenes hundidas en el espejo y huídas en el agua y el día, nos entrega ese universo soñado, o semi-recordado de pronto, o apenas sentido. Se le ha comparado con Shakespeare, con Ibsen, con Marco Aurelio... Alguno lo llamó, tal vez sin exageración, el mayor poeta vivo del mundo.

Maeterlinck es el creador, más bien el revelador de la invisible vida que se anima en torno, más allá de nuestros sentidos. "No sabemos hasta dónde se extienda el alma en derredor de los hombres", exclama uno de sus personajes. Las criaturas de su poesía parecen hablar y moverse en torno a una lámpara que las aleja y espiritualiza, tras una ventana, tras un velo. Hay una torre que se hunde hace mil años en la memoria. Y una floresta que se interna en el olvido y en la maravilla. Y unas doncellas "que hablan sonriendo de las flores que se han caído y lloran en la oscuridad". Y otras que se extravían, sonámbulas, por su alma.

**"Les filles au yeux bandés
(otez les bandeaux d'or),
les filles aux yeux bandés
cherchent leur destinées....**

**Ont ouvert à midi
(gardez les bandeaux d'or),
ont ouvert à midi,
le palais de prairies...**

**Ont salué la vie
(serrez les bandeaux d'or)
ont salué la vie,
et ne sont point sorties".**

Este es el mundo feérico de Maurice Maeterlinck que maravillosamente existe. Existe en su alma, como una patria en el pecho de un héroe.

E. C.